

NEDA NEZHDANA

LOS FUGITIVOS PERDIDOS



ACADÈMIA DELS NOCTURNS

E S C E N E S

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

LOS FUGITIVOS PERDIDOS

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

NEDA NEZHDANA

LOS FUGITIVOS PERDIDOS

Traducción
de Maryana Gudyma
con la colaboración
de Evelio Miñano

ACADÈMIA DELS NOCTURNS
ESCENES

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: *Забпукані втікани*, publicada por primera vez en la revista *Дніпро*, Kiev, 2012

© Del texto: Neda Nezhdana

© Del preámbulo: Antonio Tordera Sáez, 2022

© De la introducción: Evelio Miñano Martínez, 2022

© De la traducción: Maryana Gudyma, 2022

© De esta edición: Universitat de València, 2022

© De la ilustración de la cubierta: Maryana Gudyma,
Amapolas desamparadas

Coordinación editorial: Maite Simón

Maquetación: Celso Hernández de la Figuera

Corrección: David Lluch

ISBN: 978-84-1118-067-2 (papel)

ISBN: 978-84-1118-068-9 (ePub)

ISBN: 978-84-1118-069-6 (PDF)

Edición digital

Índice

Preámbulo
de Antoni Tordera Sáez

Introducción
de Evelio Miñano Martínez

Los fugitivos perdidos
de Neda Nezhdana

En mitad de la noche oí un ruido. Gritos. Miré por la ventana. Él me vio:

-Cierra las ventanas y acuéstate. Hay un incendio en la central. Volveré pronto.

No vi la explosión. Solo las llamas. Todo parecía iluminado. El cielo entero... Unas llamas altas. Y hollín. Un calor borroso. Y él seguía sin regresar.

Svetlana ALEXIÉVICH

PREÁMBULO

Para entender *Los fugitivos*, que habla de un drama inaccesible para quienes no han pisado la tierra ucraniana, recorro a una especie de panorama –aquel recurso escenotécnico que con una pantalla circular envolvía a los espectadores–. Pero ese panorama, en *Los fugitivos*, me reenvía a la oscuridad. No la oscuridad de la noche ni de la ignorancia, pero no tengo otra palabra para esa luz que envuelve la situación política ucraniana ni para el drama que la autora propone. Así que me acerco al texto de Neda Nezhdana ayudándome de dos narradores en los que confío mucho y a los que releo con frecuencia: John Berger y Henning Mankell, pero me acojo a ellos en un pasaje o tema o interrogación que tienen en común: las pinturas rupestres de las cuevas prehistóricas. Y en esto hay algo inquietante: ambos escribieron sobre esos espacios y enigmas cuando ya presentían la muerte que finalmente les llegó.

Así que cito de ellos lo que me parece conveniente para entender y descifrar *Los fugitivos*. Por ejemplo, John Berger, ensayista, experto en arte y narrador, entre otras obras, de una trilogía sobre las fatigas de los labradores en montañas inhóspitas. Sin embargo, para leer a Nezhdana me centro en lo que Berger dice en otro texto, en el que señala las figuras

pintadas en el interior de la remota oscuridad de las cuevas. Y, al mismo tiempo, asumo que, según Berger, ese lugar, ese espacio «no tiene absolutamente nada en común con el de un escenario».

Necesito avanzar, así que concluyo lo que me parece pertinente para entrar en la obra de Neda Nezhdana, porque ella pone en pie personajes que se mueven en una oscuridad que fluctúa entre la vida y la muerte; un lugar similar a aquel del que Berger afirma: «el drama de aquellas primeras pinturas pintadas no se halla ni a un lado ni en el frente, sino que está siempre detrás de la roca. De donde salieron. Como lo hicimos nosotros...», es decir, los personajes de la ficción dramática pero también nosotros, los lectores, ante un conflicto que ha sacado al aire libre las raíces profundas e inquietantes de una longeva Europa, proteica, problemática, raptada, pero necesaria, incluso pienso que imprescindible.

El breve préstamo tomado de Berger me sirve para entender a estos *fugitivos*, que ansían la felicidad, y que la conseguirán, sea en Ucrania o lejos, pero que sobre todo son unos personajes y un texto que tienen la textura de lo oscuro (son «fugitivos perdidos»). Es la manera, entiendo, que la autora, Nezhdana, tiene para construir un universo propio y no muy al alcance del lector mediterráneo. O sí. Porque, abusando de los paradigmas y etiquetas, se diría que estos *fugitivos* están transidos por una especie de realismo mágico, propio e insobornable, que, a pesar de ello, nos hipnotiza.

Para salir de esa encrucijada de manera operativa, esto es, públicamente, me sirve el otro autor, Henning Mankell, no el novelista del detective Wallander, sino el de sus memorias póstumas, con título que viene al caso: *Arenas movedizas*. Porque Mankell también vuelve la mirada -cuando ya se sabía enfermo de cáncer al secreto de las artes rupestres, el que nos guía hasta el escenario del desastre y del futuro de la guerra actual. En eso las imágenes que las televisiones muestran son elocuentes, o quieren serlo. Demasiado. Tanto que necesito un detalle para medir la magnitud del conflicto. Y lo encuentro en un pasaje que Mankell escribe ante la noticia de que, en el subsuelo de una tierra centroeuropea, se había hallado una antigua tumba con el esqueleto de un hombre. Nuestra Europa, tras tantos combates, debe estar sembrada de lugares así, aunque el de esta ocasión tiene más de 25.000 años. Lo extraño es -y ese es el *punctum* que me hace accesible el horror, a la vez que me ofrece la ternura ante las ruinas de la Ucrania de ahora y sus víctimas- cuando el narrador añade que, junto al hombre enterrado, se encontró un juguete, una muñeca o tal vez un títere.

Si vuelvo al pasaje de Mankell sobre las cuevas rupestres -una reiteración constante en su obra-, el asunto nos lleva al meollo de Chernóbil, ya que en todos los momentos en que el novelista sueco recurre a las pinturas rupestres -empujado por el deterioro de su enfermedad-, insiste en una idea que transcribo a mi manera, aun perdiendo la belleza de su estilo. Dice y piensa Henning Mankell así: nuestros

antepasados ancestrales nos dejaron en las cuevas sus hermosas pinturas rupestres. Nos han llegado tras miles de años, prácticamente intactas, pero ¿qué dejaremos nosotros en las cuevas a nuestros descendientes? Y se responde: en esas cuevas estamos depositando barriles de basura nuclear que durarán cientos o miles de años.

En fin: Chernóbil. Y Neda Nezhdana: *Los fugitivos perdidos*.

La guerra Ucrania/Rusia acabará. O no acabará, si es que al final, o en un momento dado, se utilizan las armas nucleares. Aunque si eso no llega a ocurrir –o aun así– erá una guerra con efectos terribles que no podemos hoy imaginar, si hay obuses nucleares y esa hecatombe homérica sucede, habrá entonces un antes y un después en la Historia.

Esa es la razón –y la apoyo– por la que la Universitat de València ha elegido esta obra para tomar posición ante el conflicto actual. Ya hay fugitivos exiliados, a su vez acogidos en Europa. Y ya hubo, en la explosión de Chernóbil, unos *fugitivos perdidos*, tal vez desaparecidos para siempre, en aquellos lodos candentes o en estos barroes terribles. De manera que, pienso, esa es la razón por la que se ha decidido publicar el texto de Neda Nezhdana, al creer que en el vientre de esta guerra está Chernóbil. Y a partir de ahí la huella –aunque yo diría zarpa– de una geopolítica insostenible y, si se me apura, incomprensible. Solo el teatro, desde sus orígenes, sirve para desvelar, para dar indicios al público, ese público analfabetizado por las redes y sus imposturas (diga usted *fakes*) en lo insondable de los

movimientos históricos y las motivaciones económico-políticas. Así que no reduzcamos todo a la megalomanía de un solo individuo que dice llamarse Putin. Es más *storytelling*, más narrativo, pero es más simplificador, y por eso consuela más: si se muere individuo, todo estará resuelto y en paz.

Antoni Tordera Sáez
Director y autor teatral

INTRODUCCIÓN

Neda Nezhdana declara explícitamente el puerto o la cueva de la que parte su obra. Nada menos que una gigante de las letras: Svetlana Alexiévich, Premio Nobel de Literatura en 2015, de cuya obra se fija en un título: *Voces de Chernóbil: Crónica del futuro*, escrita en 1997 para hablar de la catástrofe de la central nuclear el 26 de abril de 1986, cuando a la 1:23:58 se declararon una serie de explosiones en el reactor y el cuarto bloque de la central nuclear de Chernóbil. A partir de ahí, junto a un amplio material documental en el que encontramos incluso los chistes del momento, la autora recrea su propia dramaturgia, de la que destacaremos como principales ejes: el tiempo, el espacio y la suma de ambos encarnada en los personajes. Con la urgencia que el momento requiere, describimos algunos rasgos para que el lector valore y, ojalá, la gente de teatro se decida a poner la obra en escena.

Si nos atenemos al argumento, se constata la peripecia de unos personajes que parecen seguir el desarrollo propio de los textos de relaciones interpersonales. Todos ellos, cada uno por sus razones, han decidido vivir en la *zona*, como se conoce al entorno de la central nuclear, que quedó altamente contaminado por la radiación tras el accidente de 1986. En ese marco, con numerosas